

ANNE-CÉCILE LACOSTE

Más allá de las olas



GOSPEL
Mag



Anne-Cécile Lacoste

Más allá de las olas

Gospel Mag

Sitios web: gospelmag.fr • lacoste.vip

Corrección y revisión de textos: Violaine Theurelle

Cubierta y maquetación: Marcel Dijkman

Créditos fotográficos: © Nuno Cardoso, © Anne-Cécile
Lacoste, © Bastien Lacoste, © Daniela Plà, © Sasha Specker,
© Thomasfotomas, © unsplash.com, © Marcel Dijkman

Retrato de Anne-Cécile Lacoste: © Laura Taccani

Acerca de la autora

Nacida en 1982, Anne-Cécile Lacoste es originaria de Arcachon, Francia. Apasionada del océano, ha construido su vida en torno al surf y al bodyboard, disciplinas que hoy enseña en la costa de Las Landas.



Desde siempre ha sido aventurera y amante de la naturaleza. El mundo la fascina y despierta su curiosidad. Durante muchos años viajó por diferentes países —Costa Rica, Brasil, Venezuela, Puerto Rico, Australia, Hawái e Indonesia— tanto para competir como para descubrir otras culturas, que le enseñaron mucho, y, por supuesto, para contemplar algunos de los paisajes más hermosos del mundo.

Tuvo el privilegio de representar a Francia más allá de sus fronteras, logrando importantes victorias, entre ellas el título de campeona del mundo y de Europa amateur en 2015, así como el de campeona de Francia durante seis años consecutivos.

Y fue precisamente a través de todas esas experiencias donde tuvo el encuentro más importante de su vida: el encuentro con Jesús. Aquel día su vida cambió por completo y todo cobró un verdadero sentido.



«¿Cómo conciliar la pasión y la vocación? La respuesta se encuentra en este fascinante testimonio de una campeona del mundo que solo tiene ojos para quien le dio la victoria: ¡Jesús!»

Raphaël Anzenberger, director de publicación de *imagoDei.fr*

«¿Qué tienen en común Anne-Cécile, joven campeona de bodyboard, y yo, una persona muy entrada en años que huiría despavorida ante las inmensas olas con las que ella juega? Lo esencial. El mismo Dios, el Dios vivo, que ha intervenido en nuestras vidas. Me emocioné al leer este relato-testimonio. Reconocí y admiré la extraordinaria diversidad de las maneras de actuar de nuestro Señor común. A uno le pide que renuncie a algo que lo cautiva, porque es lo mejor para esa persona. Otras veces, su pedagogía se invierte. Integró la pasión deportiva de Anne-Cécile en su relación con ella, ¡hasta convertirla en campeona del mundo! Todo lo hace maravillosamente bien.»

Henri Blocher, teólogo, elegido personalidad evangélica del año 2018 por la revista *Christianisme aujourd'hui* y autor de *La foi et la raison*, Charols, Excelsis, 2015

«¡Anne-Cécile nos cuenta con frescura y autenticidad cómo tomó la mejor ola de su vida!»

Nicolas Blocher, autor de *Une vie de défis*, Marpent, BLF, 2019

«**Tres cosas** me llaman la atención al leer el breve testimonio de Anne-Cécile, además de la transformación interior que supuso para ella descubrir a Dios: lo que se dice acerca de Dios, lo que se dice en su lugar y lo que se escucha directamente de él.

Lo que se dice acerca de Dios: es lo que su amiga Mahalia comparte sobre su propia experiencia, sin ejercer presión ni tratar de convencer. En ello hay sabiduría de lo Alto y confianza en lo vivido, que se convierte en prueba de verdad. Lo acertado de esta actitud fue determinante para nuestra campeona.

Lo que se dice en lugar de Dios: son esos consejos insensatos de quienes creen saber lo que es bueno para Anne-Cécile, aun a riesgo de privarla de aquello que da sentido a su vida. ¿De dónde viene ese razonamiento simplista según el cual amar a Dios impide tener cualquier otra pasión, como si esta compitiera con él? Afortunadamente, Anne-Cécile no escuchó esas voces moralizadoras y castrantes.

Lo que se escucha directamente de Dios: Anne-Cécile, en los albores de su fe, comenzó a escuchar a Dios mediante la oración, estableciendo así una relación íntima y única entre ella y lo divino. Lo que se escucha en esos momentos son palabras personales, profundamente personales. Esta escucha se produjo también a través de la lectura de la Biblia. En ella encuentra el cristiano lo esencial de cuanto necesita para vivir plenamente sus descubrimientos espirituales.»

Éric Denimal, periodista y escritor, autor, entre otras obras, de *La Bible pour les Nuls*, Paris, First, 2016

«El testimonio de Anne-Cécile Lacoste es verdaderamente motivo de alegría y de acción de gracias. También resulta muy instructivo, pues nos muestra dos dimensiones complementarias de la conversión: esta suele caracterizarse por un momento de gracia claramente reconocible, pero también está constituida por una sucesión de etapas, anteriores y posteriores, cada una de las cuales tiene su importancia. De una etapa a otra, Anne-Cécile fue guiada por una brújula: la paz interior.

Este recorrido nos muestra asimismo cómo Dios puede liberar un corazón de toda preocupación por la gloria humana. ¡Y esto constituye un estímulo para cada uno de nosotros!»

Étienne Grenet, sacerdote de la diócesis de París

Autor de *Unité du «je» psalmique*, París, Cerf, 2019

«Tal vez, sin saberlo, seamos campeones del mundo en un ámbito que sencillamente aún no ha sido reconocido oficialmente. En el caso de Anne-Cécile Lacoste, su ámbito es el bodyboard, una auténtica disciplina deportiva. Su testimonio nos lleva desde lo alto de las olas hasta la verdadera necesidad del corazón... desde la creación hasta el Creador. Todo está presente: el amor de Dios, la humildad, el arrepentimiento, el perdón de los pecados, un nuevo comienzo, el deseo de servir y de dejarse guiar por ese Dios que tiene un plan para cada uno de nosotros. Y en el ámbito de lo maravilloso y de la gracia, hay que decirlo: ¡Jesús sigue siendo el campeón absoluto en todas las categorías!»

Élie Jalouf, pastor

«En un tiempo en que las prioridades de este mundo y el reconocimiento puramente humano pueden invadirnos y ocupar un lugar considerable, Anne-Cécile nos recuerda, mediante su testimonio, la importancia de permanecer unidos a Dios en este mundo. En efecto, como ella misma expresa tan acertadamente: “Nuestro valor no nos lo da el mundo, sino Dios”. Es un hermoso ejemplo de fe cristiana, cuya prioridad sigue siendo, ante todo, servir a Dios.»

Sara Jalouf

«El testimonio de Anne-Cécile Lacoste es una fuente de ánimo e inspiración. Presenta un retrato fiel de quién es Dios y de cuáles son sus intenciones para cada uno de nosotros. Esta historia constituye una auténtica invitación a contemplar a Dios tal como realmente es, y no a través de lo que creemos saber de él. Al recorrer este libro, fui llevada no solo a redescubrir el amor de Dios de una manera sencilla y profunda, sino también a mirar de otra forma tanto mi propia persona como el mundo. Jesús se manifestó de una manera significativa en la vida de Anne-Cécile Lacoste. Que este testimonio pueda despertar en ustedes, como lo hizo en mí, el valor y el deseo de recibir el amor de Jesucristo, y ofrecerles un anticipo de lo que él desea realizar tanto en ustedes como a través de ustedes.»

Méliné Kinossian, misionera en Los Angeles

«Con Más allá de las olas, Gospel Mag nos ofrece un relato luminoso: el de una surfista y bodyboarder de gran talento que, ante la belleza del océano, intuye la existencia de Dios. Y que lo encuentra precisamente en ese entorno, gracias al testimonio de una amiga bodyboarder de La Reunión y de un misionero de Christian Surfers. Pero la historia no termina con el nuevo nacimiento de Anne-Cécile. Continúa con sus luchas: ¿debe renunciar o no a su pasión por Dios? Dejo que descubran la respuesta, aunque citaré una de las hermosas convicciones que la animan: “Nuestro valor no nos lo da el mundo, sino Dios. Insisto en ello, porque el hecho de que sea campeona del mundo no me convierte en absoluto en alguien más importante. Esto me llevó por un camino que es el mismo para todo aquel que cree en Jesús y desea seguirlo. Tenemos la misma identidad: la que Jesús nos dio mediante su sangre”. ¡Gracias, Anne-Cécile y Gospel Mag!»

Étienne Lhermenault, primer presidente del Consejo
Nacional de Evangélicos de Francia (CNEF)

«Atención: una ola de amor está a punto de romper sobre ustedes. A primera vista, quizá les asusten su profundidad y su inmensidad; pero, en cuanto comiencen a surfearla, ¡serán transportados por una alegría y una libertad de dimensiones oceánicas!»

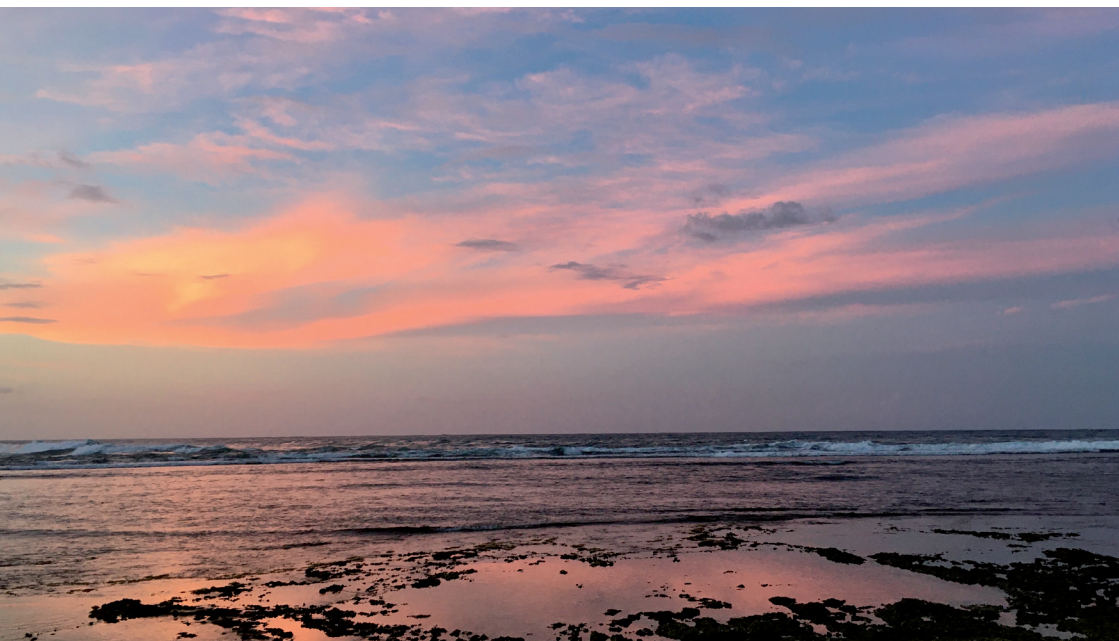
Samuel Plante, Sam'Parle

«Anne-Cécile Lacoste está enamorada del mundo, de sus vastos espacios y de sus paisajes. También es una talentosa cazadora de olas. Durante muchos años vivió para los deportes de deslizamiento y la competición. Sin embargo, hoy ha elegido surfear otra ola: la del Amor de Dios. Anne-Cécile nos habla aquí de su encuentro con el Señor y nos ofrece el testimonio sincero y concreto de su conversión. Este relato, conmovedor por su sencillez, es el de una mujer “corriente” con quien podemos identificarnos fácilmente. “Todo por amor, nada por la fuerza”, decía Francisco de Sales. De esto da testimonio también Anne-Cécile. El Señor se acercó a ella con dulzura, sin forzarla. Ola tras ola, transformada por su Amor, Anne-Cécile se deja guiar en los proyectos que el Señor ha concebido para ella. Con plena confianza, se abandona en sus manos: “Porque yo sé los planes que tengo para ustedes —declara el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza” (Jeremías 29:11).»

Olivier Theurelle, educador y apasionado del surf

PRÓLOGO

Para algunas personas, la complejidad del universo conduce de manera natural a reconocer la existencia de una inteligencia creadora. Para otras, el camino resulta más difícil. La fe puede parecer irracional, e incluso incompatible con la razón.



Sin embargo, la fe cristiana no exige renunciar a la reflexión. Al contrario, nos invita a buscar la verdad. La fe de Anne-Cécile, al igual que la mía, no se basa en una creencia ciega, sino en una convicción alimentada por la reflexión, la experiencia personal y la confianza en Dios. Si nuestro universo se rige por leyes físicas, también podemos preguntarnos si existe un fundamento objetivo para el bien y el mal. ¿Son los valores

morales únicamente el producto de nuestras preferencias o remiten a una realidad que nos trasciende?

Algunos consideran que los descubrimientos científicos han vuelto innecesaria u obsoleta la fe en Dios. Otros piensan que la Biblia y la ciencia son necesariamente incompatibles. Sin embargo, gran parte de estas tensiones procede de nuestra manera de leer los textos bíblicos. Comprender su género literario, su contexto histórico y su intención permite a menudo evitar falsos conflictos.

La historia del cristianismo también plantea preguntas legítimas. Las cruzadas, la Inquisición, las guerras de religión, los abusos espirituales y los escándalos más recientes han dejado una profunda huella en las conciencias y, a los ojos de muchos, han desacreditado el mensaje cristiano. Pero las faltas cometidas por quienes afirman seguir a Cristo no revelan necesariamente quién es Cristo mismo. Ante todo, nos recuerdan hasta qué punto el ser humano sigue siendo capaz tanto de lo mejor como de lo peor.

Otra pregunta ha atravesado los siglos: ¿cómo puede un Dios justo y bueno permitir el sufrimiento? Esta es, sin duda, una de las cuestiones más profundas que cualquiera de nosotros puede llegar a plantearse.



Por último, muchas personas viven sin interesarse realmente por Dios o eligen definir por sí mismas sus propios puntos de referencia. Esta libertad puede parecer absoluta, pero a veces conduce a nuevas formas de dependencia, ya sean materiales, ideológicas o personales.



Sin embargo, el cristianismo proclama una realidad sorprendente: Dios no permaneció distante ante el sufrimiento humano. En Jesucristo, vino a compartir nuestra condición, cargar con nuestras faltas y ofrecer el perdón. En el corazón del mensaje cristiano se encuentra el encuentro con un Dios que ama, salva y llama a cada persona a una vida nueva.

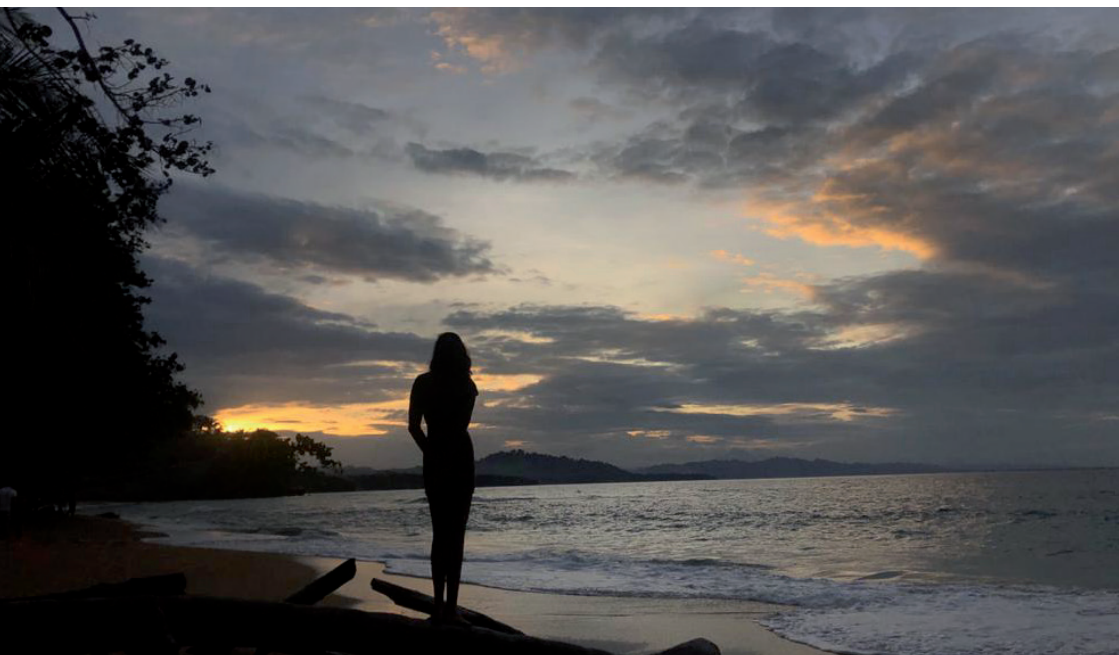
El testimonio de Anne-Cécile relata el recorrido de una mujer que descubrió que la fe en Jesucristo transforma la vida.

Les deseo una excelente lectura.

Marcel DIJKMAN

Testimonio

Anne-Cécile Lacoste



El océano como horizonte

Me llamo Anne-Cécile Lacoste y nací en 1982 en Arcachon, en la Gironde. Mis padres son unos enamorados del mar y crecí cerca de ese lugar maravilloso que es el océano.

Mi hermano y yo pasábamos todo nuestro tiempo libre corriendo por la playa, construyendo cabañas con madera flotante y jugando entre las olas, mientras nuestros padres nos miraban y contemplaban



el mar. Era una vida sencilla y buena. Desde muy pequeña, siento una profunda libertad ante la inmensidad del océano.

El deseo de surfear surgió de manera natural. Desde nuestras primeras olas, mi hermano y yo nos enamoramos de los deportes de deslizamiento. Poco a poco, esta pasión fue moldeando mi vida hasta convertirse en mi profesión.

También me abrió las puertas del mundo. Los viajes, las competencias, las culturas que conocí y los paisajes que descubrí alimentaron mi gusto por la aventura. En el agua vivía sensaciones intensas: la espera, la entrega, a veces el miedo y, después, la alegría de dejarse llevar por una ola. El océano era a la vez mi terreno de juego, mi escuela y mi horizonte.

Estoy profundamente agradecida a mis padres por el amor, el hogar y la calidad de vida que nos ofrecieron. Gracias a ellos, mi hermano

y yo pudimos construir nuestros sueños. Siguen siendo para mí un ejemplo y una fuente de inspiración.

Mi familia no era cristiana. Sin embargo, ante la belleza de la naturaleza y el amor que me rodeaba, siempre creí que existía alguien o algo por encima de nosotros. Con mi corazón de niña, sencillamente daba las gracias.



La Biblia dice que Dios nos conoce desde el seno materno y que nada de nuestra vida se le escapa (Salmo 139:13-16). Yo aún no lo sabía, pero estas palabras iluminarían mi historia.

Mucho después, tras mi bautismo, mi madre me contó que mi bisabuela era cristiana evangélica. Cuando mi madre era niña, la oía orar en su habitación. Este descubrimiento me conmovió profundamente. La breve invitación de Pablo —«Oren sin cesar» (**1 Tesalonicenses 5:17**)— adquiriría para mí un rostro, una historia y una transmisión. Gracias, Dios mío, y gracias a mi querida y valiente bisabuela.

A los diecisiete años tuve también la gracia de conocer a quien se convertiría en mi mejor amiga, Mahalia. Esta bodyboarder de la isla de La Reunión amaba el océano tanto como yo, pero percibía en ella algo más: una luz, una dulzura, una paz. Era cristiana y vivía una

relación íntima con Dios, muy distinta de la imagen que yo tenía de la religión.



Mahalia leía la Biblia a mi lado, oraba por la mañana y por la noche y hablaba con Dios como si esa relación fuera lo esencial de su vida. Nunca intentó convencerme. Sencillamente vivía junto a mí su fe y su amor por Jesús. Después de orar por mí durante quince años, creo que fue una de las personas más felices cuando finalmente entregué mi vida a Jesús.

Entre la oración discreta de mi bisabuela y la presencia fiel de Mahalia, hoy distingo una especie de hilo que atravesaba mi historia. En aquella época no era consciente de ello. Solo veía que la fe de mi amiga producía una paz que yo no encontraba en ningún otro lugar.

Con el paso del tiempo, puedo afirmar que Jesús estuvo cerca de mí desde el principio. Lo presentía en la belleza de la creación y en el amor de quienes me rodeaban, aunque todavía no sabía reconocerlo.



Sin embargo, tardé mucho en confiar en él. Soy voluntariosa y decidida, pero estas cualidades también me llevaban a avanzar sola. Quería lograrlo todo mediante mis propias fuerzas y mi trabajo. Si tenía éxito, me sentía orgullosa de mí misma; si fracasaba, pensaba que debía esforzarme más. Todo el peso de mi vida descansaba sobre mis hombros.

Creía que Dios me observaba desde lejos sin intervenir porque yo no era lo bastante buena para merecer su atención. Me parecía inaccesible. Sin embargo, se reveló primero a través de lo que yo más amaba: el océano, las luces majestuosas, los viajes, los encuentros, las sensaciones intensas y los desafíos de la competición. Poco a poco comprendí que no estaba lejos. Estaba muy cerca.

Cada reflejo de luz sobre el agua, cada paisaje que me detenía en seco y cada encuentro inesperado se convertían para mí en señales de su bondad. Todavía no conocía el rostro de ese Dios al que daba las gracias, pero mi corazón comenzaba a reconocer su presencia.



El encuentro que lo cambió todo

Después de numerosas experiencias, hermosas y dolorosas, todo cambió realmente en Costa Rica. Allí conocí a Barrett Cruce, un pastor estadounidense comprometido junto con su familia en una misión entre los surfistas.

En aquel momento atravesaba una profunda crisis interior. Una relación amorosa me agotaba y mi futuro profesional parecía no tener perspectivas. Ya no tenía ningún proyecto ni rumbo. Sentía que me estaba ahogando, sin saber cómo salir ni a quién acudir.

Barrett había percibido mi angustia. Me invitó a una de las reuniones que organizaba en un skatepark frente al mar, construido para los niños. Fui desesperada, diciéndome que ya no tenía nada que perder.

Escuchar el Evangelio por primera vez me trastornó. Las palabras no se quedaban en la superficie: alcanzaban algo profundo dentro de mí. Era doloroso, pero cuanto más escuchaba, más sentía que se abría un camino.



Incluso me sentía culpable por estar triste. Al mirar a mi alrededor, tomaba conciencia de todo lo que había recibido: mi familia, mi hermano, mis amigos, las oportunidades y la protección que habían marcado mi vida. Sin embargo, nada de lo que intentaba construir conseguía llenar el vacío que había en mí. La alegría y la fe de las personas presentes me conmovieron profundamente mientras yo seguía encerrada en mi propia angustia.

Empecé a releer mi vida de otra manera. Veía todo lo que Dios me había dado y todas las veces que había sido protegida, pero también constataba que mis decisiones no bastaban para salvarme de mí misma. Había querido controlarlo todo; había llegado al punto en que debía reconocer que necesitaba ayuda.

Volví a aquellas reuniones. Cada vez lloraba, pero todavía me resistía. Sabía que Dios me amaba sin haber comprendido aún qué eran realmente el amor de Jesús y su gracia.



Entonces llegó uno de esos días que marcan una vida. Había ido a surfear a una playa alejada del pueblo. Barrett se había reunido conmigo allí. Después de su última ola, salió del agua y comenzó a caminar hacia su coche. Lo vi detenerse, dar media vuelta y remar de nuevo hasta donde yo estaba. Parecía impresionado por lo que tenía que decirme.



Todavía recuerdo la luz, la brisa sobre mi rostro y la atmósfera de aquella playa. Todo parecía normal, pero ese momento quedaría grabado en mí.



Respiró profundamente:

«Anne-Cécile, no puedo irme así. Creo que Dios quiere decirte que tiene algo más para ti, algo maravilloso. No quiere dejarte en esta vida difícil. Acepta el regalo que quiere ofrecerte».

Me quedé sin palabras. Lo que decía me alcanzaba como si Dios se dirigiera a mí a través de él. Las lágrimas asomaban, pero yo seguía en guardia. Con una risa nerviosa, respondí: «Gracias, Barrett, pero estoy bien... Todo me va bien». Me sonrió y se marchó.

Cuando salí del agua, mi situación no había cambiado: estaba en la misma playa, en el mismo país, con las mismas luchas y las mismas preguntas. Sin embargo, algo dentro de mí era diferente. Sentía paz y esperanza. Mientras contemplaba el mar, tenía la convicción de que Dios me abrazaba y me ayudaría. Ya no estaba sola. Por primera vez, acepté soltar las riendas.

Mi viaje llegaba a su fin. Mientras me dirigía a la parada de autobús para ir al aeropuerto, Carine, una amiga francesa que había conocido en las reuniones, llegó corriendo. Quería despedirse de mí y regalarme una tarjeta. Muy emocionada, me dijo: «Léela en el avión. Es lo más valioso que puedo darte».



En el avión descubrí el pasaje de 1 Corintios 13 dedicado al amor. Al leerlo, rompí a llorar. Por fin todo cobraba sentido. Era como si cayera la venda que me había cegado durante tanto tiempo.

Comprendí que el amor de Dios no se ganaba. No tenía que llegar a ser perfecta para recibirlo: se me ofrecía por gracia, a través de Jesús. Ya no tenía que cargar sola con el peso de mi vida.



Comprendí también lo que significaba la cruz para mí: Jesús había dado su vida para ofrecerme el perdón y una vida nueva. Ni mis esfuerzos ni mis buenas acciones podían justificarme. Podía simplemente creer, recibir ese amor y responderle. Este descubrimiento ya no era una idea religiosa; se convertía en una realidad íntima.

De regreso a Francia, decidí confiar mi vida a Dios y dejar que actuara en mí. Así viví el nuevo nacimiento: no como la desaparición inmediata de todas mis dificultades, sino como el comienzo de una vida nueva. El miedo retrocedía y por fin descubría por medio de quién y para quién existía.

Esta decisión no hizo de mí una persona perfecta. Inició una obra que aún continúa: aprender a confiar, renunciar a controlarlo todo y dejar que Dios transforme mis prioridades.



Una paz nueva en Chile

Mi conversión no borró todas mis contradicciones. En particular, reveló el lugar que el surf todavía ocupaba dentro de mí. Mi pasión controlaba mi tiempo y a menudo seguía siendo mi prioridad. Quería poner a Dios en primer lugar, pero todavía intentaba conseguirlo mediante mis propias fuerzas.

Algunas personas me decían, con la intención de ayudarme, que debía dejar de surfear porque ocupaba el lugar de Dios, o que una cristiana no podía tener otra pasión que Jesús. Estas palabras hicieron pesar sobre mí una gran culpa. Atormentada, decidí dejar casi por completo el surf y consagrarme al Señor. Pensaba que por fin había elegido el camino correcto, pero seguía siendo el mío, no el que Dios preparaba para mí.

Sin embargo, Dios conocía los deseos de mi corazón mejor que yo. No solo iba a pedirme que renunciara a un ídolo; iba a devolver mi pasión al lugar que le correspondía. No podía comprenderlo mientras siguiera intentando construir por mí misma la vida cristiana que imaginaba que debía llevar.

Mientras llevaba aquella vida de «buena cristiana» —permítanme la expresión, me gusta el humor—, oraba, leía la Biblia, iba a la iglesia y servía en la escuela dominical. Un día recibí un correo electrónico de la Federación Francesa de Surf: había sido seleccionada para el Campeonato Mundial ISA de Bodyboard de 2015, en Iquique, Chile.

Mi primera reacción fue de alegría, seguida inmediatamente por la culpa. Pensaba que aquella competición no podía ser la voluntad de Dios. Esa noche me arrodillé y pedí al Señor que me guiara. En la oración recibí esta convicción, dulce y clara: «Sigue mi paz. Donde está la paz, allí estoy yo». Mis lágrimas se transformaron en una sonrisa. Sabía que debía ir.



Ya no iba a Chile únicamente para surfear o ganar. Iba con el deseo de conocer mejor a Dios, servirlo y permanecer atenta a las personas que pusiera en mi camino.

Durante la competición, dediqué tiempo a escuchar a mis compañeros de equipo y a los demás participantes. Oraba por ellos y compartía con sencillez lo que Dios había cambiado en mi vida. También



entablé amistad con algunas empleadas de limpieza. Una de ellas me contó que una compañera había sufrido un accidente de coche; oramos juntas por ella.



Descubría que servir a Dios no significaba necesariamente abandonar el mundo del deporte. Podía comenzar allí mismo, en medio de un equipo y de una competición, mediante una conversación, una escucha atenta o una oración compartida. Poco a poco, mi mirada se apartaba de la medalla para dirigirse hacia las personas que me rodeaban.

Pasaron los días y, casi sin preocuparme por ello, avancé hasta la final. Ya estaba profundamente agradecida por encontrarme allí.

Justo antes de la final, cantaba *How Can It Be*, de Lauren Daigle, y daba gracias a Dios por su fidelidad, paciencia, protección y amor. En ese momento, una de las empleadas me llamó haciendo grandes gestos. Su compañera no había resultado herida en el accidente. Ella lo consideraba un milagro. Comencé a saltar de alegría.

Tenía que prepararme muy rápidamente para entrar en el agua, pero saboreaba cada segundo. Mi fisioterapeuta, que normalmente era muy riguroso con sus últimos consejos, se acercó a mí profundamente emocionado. Sencillamente me dijo: «Anne-Cécile, estoy feliz de estar aquí contigo y de verte feliz. ¡Ve y disfrútalo!».

Me dirigí hacia el agua con una enorme sonrisa. En medio del estrés y de la adrenalina, sentía una paz que nunca había conocido durante una competición. Mis adversarias eran técnicamente

mejores que yo; para ganar, necesitaba encontrar las olas adecuadas. Dos hermosas series llegaron hasta mí. Viví aquella final con



una concentración y una libertad extraordinarias, como si volara y bailara con Dios.

Cantaba en mi interior y las lágrimas de alegría seguían fluyendo. En medio de la presión, vivía aquella paz como una gracia personal: me sentía protegida de mis propios miedos y libre para acoger lo que viniera.



Ese día gané la medalla de oro en la categoría Open Women y me convertí en campeona mundial ISA de bodyboard en 2015.

Más aún que ese título con el que había soñado durante tantos años, el verdadero regalo fue la serenidad. Había estado dispuesta a abandonar el surf por Dios. En Chile recibí, por el contrario, esta convicción: «Estás donde quiero que estés y estoy feliz contigo». Esa paz y esa alegría quedarán para siempre grabadas en mi corazón.



Entonces resonaron dentro de mí unas palabras de Jesús:

«Ustedes son la luz del mundo. [...] No se enciende una lámpara para ponerla debajo de un cajón, sino sobre el candelero, y así alumbrá a todos los que están en la casa».

— **Mateo 5:14-15**

Comprendí que Dios me amaba tal como era, con mi pasión por el océano y los deportes de deslizamiento. Esa pasión no tenía que desaparecer; podía convertirse en un lugar de encuentro, servicio y testimonio.



Un valor que no depende de un título

Sin embargo, el título no relanzó mi carrera como muchos imaginaban. Poco después de aquella victoria, perdí a mis patrocinadores debido a las dificultades económicas que atravesaban las marcas que me apoyaban. Mi carrera profesional se detuvo, aunque todavía participé ocasionalmente en algunas competiciones.

Me llamaban de todas partes, me entrevistaban y ya me preguntaban cómo iba a volver a buscar patrocinadores o a preparar la temporada siguiente. Sin embargo, no sentía ninguna paz ante la idea de reconstruir mi vida en torno a esa ambición. La pérdida de mis contratos acabó convirtiéndose para mí en una forma de libertad:

ya no estaba obligada a seguir el proyecto que otros imaginaban en mi lugar.



Lo que ocurrió después fue inesperado. Tras un título mundial, todo parecía invitarme a volver con más fuerza, buscar un mayor reconocimiento y construir una nueva estrategia profesional. Sin embargo, por primera vez, ya no necesitaba correr detrás del éxito para saber quién era.

Recibir un título mundial puede abrir la puerta al orgullo, a la comparación y al miedo de dejar de estar a la altura. Me enfrenté a estas trampas. Para guardar mi corazón, volvía a la Biblia, a la oración y a esta verdad esencial: mi valor no dependía de una medalla, de mi imagen ni de lo que yo fuera capaz de conseguir.

Ser campeona del mundo no me hace más importante que otra persona. Dios no contempla nuestra condición como lo hace el mundo. Él mira el corazón:

«El Señor no mira lo que mira el hombre; el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón».

— **1 Samuel 16:7**

Hoy enseño surf y bodyboard en la costa de las Landas. El océano sigue ocupando un lugar central en mi vida, pero ya no es donde intento demostrar mi valor. Se ha convertido en un espacio de transmisión, encuentros y gratitud.

Allí sigo encontrando la libertad que sentía durante mi infancia. La diferencia es que hoy sé hacia quién se eleva mi agradecimiento. La pasión que en otro tiempo lo ocupaba todo puede vivirse ahora como un don que recibir y compartir.

Por tanto, si comparto mi historia, no es únicamente para contar una victoria deportiva o lo que he vivido con Dios. Es para transmitirles esta convicción: su valor no depende de sus logros, de su posición ni de la mirada de los demás. Son valiosos a los ojos de Dios.

Pueden buscarlo con sus preguntas, sus fragilidades, sus talentos y sus sueños. No necesitan esperar a ser perfectos para acercarse a él. Su amor no se gana; se recibe.

*Con cariño,
Anne-Cécile*



